

PATRIMONIO ARQUITECTÓNICO: LO QUE EL VIENTO NO SE LLEVÓ

Antoni González Moreno-Navarro

*Arquitecto. Jefe del Servicio de Patrimonio Arquitectónico Local
de la Diputación Provincial de Barcelona*

Dentro de la primera jornada denominada Metodología, me corresponde referirme al patrimonio arquitectónico. Cuando el director del evento me confió este cometido, le advertí que mi praxis profesional, si bien contempla alguna actuación esporádica de catalogación, está ya casi exclusivamente centrada en la restauración monumental. Ante su insistencia (que no tuvo que ser mucha pues yo estaba absolutamente decidido a aceptar la invitación aunque fuera para hablar de termodinámica), le comenté que mi ponencia, más que girar en torno al conjunto de métodos que se pueden seguir para catalogar el patrimonio arquitectónico, se centraría en una reflexión sobre el patrimonio en sí mismo. No sólo porque en este caso mi aportación pudiera ser más útil, sino porque si esa metodología tiene alguna especificidad con respecto a las aplicables a otros patrimonios, es debida, naturalmente, a la especificidad del patrimonio arquitectónico en el conjunto del patrimonio cultural.

No os asustéis. No pretendo, a pesar de lo dicho, ni redefinir una vez más el patrimonio arquitectónico ni divagar sobre él por puro placer metafísico. Trataré de escudriñar su esencia y su sustantividad con la única intención de extraer consecuencias prácticas en cuanto a su catalogación y teniendo presente que, como bien dice la convocatoria de esta reunión, “la catalogación de los bienes culturales es un instrumento operativo básico en la gestión de su salvaguarda y tutela.”

Una vez metidos ya en el tema, permitidme una cuestión previa. Cuando utilice la palabra

arquitectura (entendida como arte de la construcción, o como obra resultado de ese arte), es posible que lo haga tanto para referirme a edificios como a obras más propias del arte de la ingeniería o de otras artes de la construcción. Lo mismo ocurrirá con la expresión patrimonio arquitectónico. Que no se enfade nadie. No existe la voluntad de primar una disciplina y una profesión, sino, simplemente, de simplificar la exposición.

Con la misma voluntad simplificadora puede ocurrir también que utilice el vocablo *monumento* para referirme indistintamente a los diversos tipos de elementos que conforman el patrimonio arquitectónico, desde los grandes edificios monumentales hasta los conjuntos o la arquitectura popular. La arquitectura es, como sabemos, resultado y testimonio físico de la actividad económica, las costumbres y las relaciones sociales de la humanidad, así como de las mentalidades, las creencias y las ideologías que las presiden y las tensiones, enfrentamientos y luchas que unas y otras han generado.

Como patrimonio arquitectónico se acostumbra a considerar el conjunto de ejemplares de la arquitectura del pasado reciente o lejano que poseen una especial significación colectiva; bien por ser resultado y testimonio destacados de esos pensamientos, actividades y acontecimientos - de los que muchas veces se erigen en símbolos; bien porque la comunidad ha depositado en sus fábricas sentimientos de admiración, nostalgia o esperanza; ejemplares, a menudo también, en

los que sus autores y artífices han dejado la huella de su creatividad e ingenio.

La pervivencia de estos ejemplares arquitectónicos ha supuesto siempre benéficos efectos para la sociedad, tanto en la fijación, consolidación y transmisión de las identidades culturales y las memorias colectivas, como por su simbolismo pedagógico. La conservación y transmisión entre generaciones de este patrimonio, sin embargo, estuvo casi siempre íntimamente ligada a la perduración de su utilidad. Sólo desde que, apenas hace dos siglos, se explicitara ese valor entre las minorías ilustradas y surgiera la conciencia de la necesaria protección, esa conservación ha sido fruto, en algunos casos, de una manifiesta voluntad motivada en aspectos no únicamente utilitarios.

En el último tercio del siglo XX la sensibilización frente a ese patrimonio heredado ha alcanzado su cota máxima, tanto cuantitativa - cada día hay más objetos presuntamente dignos de ser conservados- como cualitativa, al haberse extendido esa conciencia a amplias capas de la población. Pero por otra parte, este siglo que ahora acaba se ha caracterizado, al menos en las llamadas sociedades occidentales, por una profunda y acelerada crisis y transformación de los contenidos y programas de la arquitectura que han provocado la obsolescencia de gran parte de ese patrimonio, poniendo en grave peligro su pervivencia. Dos hechos simultáneos y encontrados que han propiciado la aparición de conflictos impensables en otras épocas.

Es paradigmática, por citar un ejemplo cercano a mí, la situación de las masías catalanas, producciones de una genuina tipología arquitectónica rural, testimonio de un sistema productivo milenario y enriquecidas a menudo con excelentes obras de arte aplicado. Desactivadas económica y socialmente en la segunda mitad de nuestro siglo por un rapidísimo proceso de transformación de los procesos productivos rurales, incluso por la crisis de la organización familiar, y a menudo atrapadas por el desarrollo de las ciudades, su abandono -muchas veces comprensible en función del legítimo interés de sus antiguos moradores- que comporta a menudo la destrucción, hiera la sensibilidad colectiva de un pueblo amante de sus tradiciones e idiosincrasia, que no sabe, sin embargo, cómo garantizar la pervivencia de esa arquitectura.

La mayor parte de los conflictos planteados en torno al patrimonio arquitectónico hacen aún referencia a su supervivencia. Influyen, en buena medida, factores inevitables como los que hemos visto: la obsolescencia irreversible o los cambios de mentalidad social; pero también, la caducidad de los materiales, las catástrofes naturales, o la contraposición del interés cultural con otros intereses colectivos o particulares, a veces no menos legítimos. Sin olvidar, la destrucción violenta a causa de guerras o terrorismos o el abandono o el maltrato, frutos de la desidia o la falta de recursos; la impericia e incultura de los responsables de la conservación y transformación de la ciudad y el territorio, o la falta de imaginación para hacer viables las alternativas a las actuales fuentes de energía (¿No es vergonzoso que a

finales del siglo XX se destruya aún tanto patrimonio de primer orden bajo las mansas, y al mismo tiempo salvajes, aguas de los pantanos?)

Esta situación de conflicto propia de los tiempos que nos toca vivir exige extremar las medidas de protección de nuestro patrimonio, pero también medir con el máximo rigor todo lo referente a su definición y valoración. Es cierto que en muchas ocasiones la oposición a conservar un determinado bien patrimonial -razonada con argumentaciones aparentemente juiciosas- no responde más que a la abyecta sumisión del interés general -mal asumido por los gobernantes- al interés particular, hábilmente defendido desde el poder económico. Pero también es cierto que, a veces, los grupos o individuos que, por motivaciones profesionales, culturales o cívicas (incluso por inéditas motivaciones del yo más oculto), tratamos de sensibilizar al resto de la sociedad en la necesaria conservación de ese patrimonio heredado, cometemos exageraciones en su valoración.

Monumentos y arquitectura de segunda mano

Siendo la catalogación, como decía, un instrumento operativo de primer orden para la protección del patrimonio arquitectónico, es exigible que sea planteada con rigor y racionalidad. Para ello es preciso conocer y asumir la mentalidad desde la que contempla la colectividad ese patrimonio y, sobre todo, su esencia y sus circunstancias, es decir, el ámbito exacto que le corresponde.

Ya hemos visto cómo, por unas u otras razones (económicas, sentimentales, etc.), el ámbito conceptual del patrimonio construido que merece una atención social ha sufrido una preocupante extensión indiscriminada a lo largo de la segunda mitad del siglo XX. Es cierto que el concepto de monumento -y la suma de ellos, el patrimonio arquitectónico- requería una redefinición al alza que permitiera superar los límites heredados del siglo XIX, tanto los referidos a la naturaleza de las obras, como su valor artístico, su antigüedad o su estado de conservación.

Qué duda cabe que hay que entender que también pueden formar parte de ese patrimonio, por ejemplo, las obras públicas -hasta entonces sólo valoradas por su utilidad-, el paisaje construido, la arquitectura popular, el patrimonio industrial o los restos arqueológicos urbanos. También se han superado las barreras cronológicas (se reconoce la monumentalidad de construcciones contemporáneas, incluso de autores vivos), y se ha superado la singularidad (se valoran los conjuntos, ya sean compactos -como los centros históricos-, ya dispersos, incluso pluri territoriales -como el camino de Santiago-, y también los entornos, aunque a veces se haya llegado tarde).

Pero esta necesaria redefinición debe hacerse con prudencia. La ampliación indiscriminada del concepto de patrimonio arquitectónico (expresada en la voluntad de abandonar la palabra monumento o en el arraigo de expresiones como patrimonio construido o, simplemente, arquitectura preexistente), puede tener una repercusión muy negativa en la eficacia de la protección del patrimonio por parte de la sociedad. Es hoy más necesario que nunca distinguir las obras de arquitectura e ingeniería que por razones muy diversas, especialmente económicas, la sociedad quiere conservar o reutilizar, de la producción construida homologable como patrimonio cultural.

Es evidente que la línea divisoria entre esa "arquitectura de segunda mano" y los monumentos no es diáfana. Aquella arquitectura -en mayor o menor medida- contiene valores históricos e, incluso, sentimentales y, en muchas ocasiones, constituye un componente esencial de los paisajes urbanos. Por su parte, los monumentos pueden poseer también un estimable valor utilitario.

Establecer una división conceptual entre ambos patrimonios, es, sin embargo, una exigencia de rigor metodológico para, en primer lugar -como decía antes-, no menar eficacia al siempre exiguo esfuerzo de la sociedad para proteger el patrimonio y, en segundo término, para evitar que las actitudes y los resultados legítimos en el tratamiento de aquella arquitectura reutilizable se extrapolen sin suficiente reflexión a la actuación

en los auténticos monumentos, cuya esencia exigiría una metodología específica.

Conviene aclarar en seguida que esta inevitable -aunque a veces, sin duda, incómoda y antipática- distinción no guarda relación directa con la ambigua división entre bienes declarados o no declarados. No es ésa al menos mi intención. Considerar sólo como patrimonio arquitectónico el conjunto de elementos decretados explícitamente como bienes inmuebles de interés cultural sería conceder a los mecanismos y organismos públicos de protección del patrimonio una fiabilidad que no siempre merecen. Además, incluso en la propia legislación, una cosa es la condición monumental de un objeto inmueble (definida por una serie de circunstancias y requisitos) y otra el acto político-administrativo de reconocer esa condición. La declaración ratifica la condición monumental, pero no la otorga.

A la extensión no siempre justificada del ámbito conceptual del patrimonio arquitectónico, se suman hoy dos hechos no menos preocupantes por sus consecuencias, derivados ambos de una manifiesta voluntad de algunos colectivos profesionales de redefinir el ámbito de otros patrimonios más cercanos a su actividad. Por una parte, la particularización de subconjuntos patrimoniales desgajados de su tronco natural, en función de las características cronológicas, tipológicas o morfológicas de sus elementos, o por su uso primitivo o actual, o incluso por el interés prioritario que para determinadas disciplinas científicas pueda tener la información que su estudio proporciona. De otra parte, la transferencia a otros patrimonios de elementos que por su naturaleza deberían pertenecer al patrimonio arquitectónico.

Referirse a la arquitectura moderna o la arquitectura tradicional como patrimonios con entidad propia es cada día más frecuente. Como empieza a serlo la consideración del edificio monumental que acoge un museo como un elemento más de sus colecciones -o, al menos, supeditado en su uso y valoración a éstas- o la inclusión de edificios en el patrimonio etnológico por el hecho de haber sido esos edificios testimonio de relaciones dignas de ser estudiadas

desde la etnología, o en el patrimonio arqueológico por el hecho de haber llegado a nosotros ruinosos y semienterrados.

Uno de los casos más complejos de este fenómeno es, sin duda, el de la arquitectura o la construcción industrial. Cada día más, tanto su estudio como su conservación y reutilización son planteados desde un cajón de sastre denominado curiosamente Arqueología Industrial, -basado en una acepción del término arqueología ya obsoleta, al menos en los idiomas latinos-, en la que se incluyen, de forma indiscriminada, desde esos inmuebles, a las máquinas o las hojas de salarios de los obreros; desde las fábricas y los transformadores eléctricos, a las estaciones de ferrocarril o los aeropuertos, y desde las factorías de tecnología punta post-industrial, hasta las instalaciones pre-industriales, incluso las medievales.

Desde el punto de vista de la investigación histórica este fenómeno de la particularización puede ser beneficioso, ya que permite profundizar mejor en el estudio de cada subconjunto o en el de determinados temas monográficos relacionados con esos patrimonios (como la historia de la industrialización, por ejemplo). También puede ser útil, qué duda cabe, para concienciar a la colectividad sobre la protección de un patrimonio aún no suficientemente valorado (como en el caso de la arquitectura contemporánea). Planteadas con estos objetivos, estas iniciativas particulares no sólo deben ser admitidas, sino aplaudidas y fomentadas.

Pero debe inquietarnos el que se insista cada vez más en la voluntad de particularizar también las estrategias de protección de esos patrimonios. Los colectivos y grupos de trabajo dedicados a un determinado arte medieval, al patrimonio industrial, a la obra pública o a la arquitectura del Movimiento Moderno -por citar sólo unos ejemplos-, a menudo ya no se limitan a estudiar e inventariar por separado esos subconjuntos patrimoniales, sino que propugnan políticas de reutilización específicas, cuando no criterios de restauración diferenciados.

Y ante esta particularización de las estrategias de salvaguarda se debe actuar con cautela.

Desvincular las reivindicaciones sectoriales de las políticas de mayor alcance (cuya definición debe hacerse desde la contemplación de la problemática conceptual, técnica, urbanística y social del conjunto del patrimonio arquitectónico y tras valorar los recursos reales de los que puede llegar a disponer la sociedad), no puede conducir sino al fracaso y la frustración.

La esencia trina del monumento

A mi juicio, la mejor manera de conjurar peligros y deshacer confusiones no consiste tanto en cuestionar los límites del patrimonio arquitectónico, como profundizar en la definición de la esencia del monumento, como elemento básico constituyente que es de ese patrimonio.

La Real Academia define en su *Diccionario* el monumento con estas palabras: “construcción que posee valor artístico, arqueológico, histórico, etc.”. Una definición, que hay que considerarla fiel reflejo de una mentalidad extendida, pero que es a todas luces insuficiente, no tanto en su parca extensión, como en su alcance conceptual.

/ DOCUMENTO
MONUMENTO - ARQUITECTURA
\\ SIGNIFICADO

El monumento es algo más que un objeto con dos categorías de valores posibles, la histórica (el valor arqueológico y el histórico pertenecen a la misma) y la artística. Precisar ese etcétera que cita la definición académica (ese “resto que se sobreentiende”, según la propia Academia), es fundamental, por consiguiente, para objetivar el concepto de monumento y, por extensión, el de patrimonio arquitectónico.

Ciertamente, la primera condición del monumento es su carácter de documento histórico, como resultado o escenario que fue de hechos, artes, técnicas y culturas. Su condición, por tanto, de memoria de la historia y de la arquitectura del pasado. Este carácter documental tiene dos aspectos fundamentales. De una parte, el valor informativo, la posibilidad de suministrar datos no sólo sobre el arte, la arquitectura y la

técnica, sino también sobre la historia del propio monumento y la del país o lugar donde se halla. El monumento proporciona una información preciosa, de especial importancia cuando, dada su cronología o circunstancias, resulta muy difícil conseguir datos por otros procedimientos. En el aspecto informativo, el monumento es, sin duda, el mejor documento de sí mismo, y en muchos casos el único.

El otro aspecto es el valor testimonial, la capacidad del monumento de dar fe y conmemorar hechos, mentalidades y artes del pasado, tan útiles -como dije antes- para la fijación y transmisión de las identidades individuales y colectivas. Este carácter documental del monumento es el que distingue y singulariza el patrimonio arquitectónico en el complejo y genérico conjunto del “patrimonio construido existente” y el que lo incluye en el vasto elenco del patrimonio cultural.

Junto a esa condición documental, hay que destacar del monumento su vigencia como hecho arquitectónico: por su uso y por la presencia activa de valores artísticos, constructivos y espaciales propios de la arquitectura; por su capacidad, en definitiva, de continuar vinculado -como arquitectura que es- a las realidades culturales, sociales y territoriales del presente. Un rasgo esencial del monumento, que sin alienar al patrimonio construido del conjunto del patrimonio cultural, determina su especificidad y los aspectos metodológicos de la actuación en él.

La valoración específica de la obra de arquitectura radica en el grado de eficacia con que ésta responda a la función que la justifica (entendida como utilidad y como significación), en la racionalidad con que se utilizan los materiales y sistemas constructivos que permiten darle forma y definir el espacio. Y, también, en el grado que alcancen éstos, forma y espacio, de belleza, de sugestión y de adecuación a los postulados culturales de su época. Los mismos parámetros deben ser utilizados para juzgar el monumento desde su aspecto arquitectónico. De entre estos valores, es casi siempre primordial para la valoración del monumento su capacidad de ser usado y de admitir nuevos usos cuando pierde el primitivo. Como opina Roger Scruton, “la capacidad de un edificio para sobre-

vivir a estos cambios (de uso) es una prueba de su valía: una prueba de que el edificio responde a algo más profundo en nosotros que la efímera función que lo requería”.

El tercer aspecto a tener en cuenta en el análisis del bien construido para poder determinar su condición monumental y los aspectos metodológicos de su tratamiento, es su valor significativo, es decir, lo que significa, lo que supone, para las personas o la comunidad que se relacionan con él, desde un punto de vista emblemático o simbólico. Pero así como los dos primeros aspectos -el documental y el arquitectónico- son normalmente reconocidos, este tercero puede ser a menudo olvidado. Permítanme, por ello, que me extienda algo más.

A veces, esa significación del bien arquitectónico no sobrepasa el ámbito de lo privado o íntimo, como el de aquellos rincones y paisajes llenos de presencias que el poeta valenciano Vicent Andrés Esellès pretendía incorporar a “su” catálogo de la ciudad de Valencia. En vez de los “lugares ilustres” habituales, él prefería, dijo, “...*els recomanables llocs on tant ens volguérem, on t'obrires la brusa amostrant-me els teus pits, on per primera volta et va besar un home...*” (“...los recomendables lugares donde tanto nos amamos, donde te abriste la blusa para mostrarme tus pechos, donde por vez primera te besó un hombre...”).

O como aquellos hitos urbanos de referencia personal que citaba el poeta de Elx, Gaspar Jaén: “... *me'n vaig adonar del que suposava la destrucció de la ciutat el dia que vaig veure com derrocàven la casa on estava la barberia on el meu avi em portava de petit a llegir el periòdic*” (“... me di cuenta de lo que suponía la destrucción de la ciudad el día que vi cómo derruían la casa donde estaba la barbería a la que mi abuelo me llevaba siendo yo pequeño a leer el periódico”).

Son significaciones difícilmente transferibles al conjunto de la sociedad, y por lo tanto difícilmente asumibles como causa de protección. Pero las referencias testimoniales que el monumento sugiere por su relación al pasado, o las relacionadas con las convicciones más íntimas

del espectador (la evocación de la trascendencia o la identificación con la comunidad), o las más puramente emocionales (las sensaciones estéticas o sentimentales) que el bien arquitectónico o urbano es capaz de despertar, son a menudo asumidas por toda una comunidad, aunque sea de manera implícita y callada. Es lo que ocurre con aquellos edificios, paisajes y lugares que configuran nuestros escenarios colectivos, como los que evoca el poeta catalán Miquel Martí Pol: “...*ara és l'hora de recordar que el poble persisteix en els carrers amb empedrat antic, en el pont i en l'església que han conegut tota la gent del poble.*” (“...ha llegado la hora de recordar que el pueblo perdura en las calles con empedrado antiguo, en el puente y en la iglesia que han conocido toda la gente del pueblo”). Edificios, lugares y paisajes que pueden tener o no valores históricos o artísticos de más fácil objetivación, pero cuya significación colectiva puede justificar su pervivencia.

Otra faceta de este mismo aspecto significativo es el valor instrumental del monumento para conseguir otros fines colectivos tan legítimos como su propia conservación. En situaciones de crisis social, un patrimonio de notable interés histórico o artístico puede estar sometido a servidumbres de esta naturaleza. Puede convertirse en símbolo de reivindicaciones y dejar de serlo cuando éstas sean satisfechas u olvidadas. Lo más frecuente, no obstante, es que este valor instrumental se dé a la inversa, es decir, que patrimonios edificados de escaso o insuficiente valor monumental, asuman funciones significativas (en la reivindicación de unos derechos, en la lucha por la libertad y la identidad, por ejemplo), y que ello aconseje tratarlos temporalmente como si fueran auténticos patrimonios monumentales.

Eso puede ocurrir, sobre todo, en países -dice Marina Waisman en su libro *El interior de la Historia*, refiriéndose a América Latina-, que si bien no poseen una gran riqueza monumental, “están profundamente necesitados de lograr una identificación con su propia historia”. Esa necesidad propicia, según la profesora cordobesa, que “se favorezca a la identidad cultural frente a la mera continuidad estilística, al valor significativo o de uso frente a la exclusiva valoración



1 Grafito en una vivienda moderna abandonada de Valencia de Carabobo (Venezuela), reivindicada como patrimonio arquitectónico.

de lo estético o lo original, al descubrimiento de valores potenciales frente al reconocimiento exclusivo de los valores tradicionales”.

Este valor instrumental del bien arquitectónico debe ser analizado en cada caso con la máxima cautela, sopesando los riesgos a los que se someten los monumentos considerados como símbolos de reivindicaciones pasajeras y los aspectos negativos que en una estrategia a largo plazo puede tener una indiscriminada consideración monumental de objetos arquitectónicos de dudoso valor. Pero no puede ser marginado sin reflexión en los planteamientos de salvaguarda y protección del patrimonio arquitectónico. En la valoración del monumento es, pues, esencial este aspecto significativo, aunque se nos antoje muchas veces como arbitrariamente subjetivo o simplemente instrumental, y aunque en muchas ocasiones sea, ciertamente, fruto de la manipulación desde cualquier instancia del poder (político, económico o cultural).

Otro aspecto esencial del bien arquitectónico, de cuya lectura e interpretación pueden derivarse consecuencias decisivas en cuanto a su protección, es lo referido a su autenticidad.



2 La autenticidad del Patio de los Leones no radica en la originalidad de sus materiales, sino en la veracidad de su mensaje arquitectónico.

El adjetivo auténtico (“acreditado de cierto”, según definición del Diccionario de la Academia) admite diversas acepciones cuando se refiere al monumento. En la lectura más habitual (trasladada sin matices desde otros segmentos del patrimonio cultural), la autenticidad del monumento se identifica con su originalidad material. Según esta interpretación, cuando la Carta de Venecia de 1964 nos llama a transmitir esas obras monumentales “con toda la riqueza de su autenticidad”, se referiría a transmitir la materia y la forma originales, entendidas como tales, bien las heredadas por nosotros, bien -en una lectura aún más estricta- las que resultaran ser primitivas, presentes en el monumento desde que fue creado.

En la primera hipótesis (la necesidad de conservar todo lo heredado -la más cercana a los criterios de algunos teóricos con respecto a las obras de arte-), corremos el riesgo de perpetuar las adulteraciones que el monumento pudo sufrir. En el segundo caso, si se limita lo auténtico a lo primitivo ¡qué poco quedaría de la mayor parte de nuestros monumentos si elimináramos de ellos todo lo que no fue concebido o realizado por su primer creador y fuera fruto de transformaciones y restauraciones!).

Para aceptar en referencia al monumento la sinonimia entre autenticidad y originalidad, deben hacerse dos precisiones. En primer lugar, entender como original no sólo lo concerniente al primer estado del monumento, sino también a los sucesivos actos creativos que lo han enriquecido -incluidos los restauratorios-, independientemente del grado de deterioro en que han llegado hasta nosotros o, incluso, aunque hubieran desaparecido (sin confundirlos, sin embargo, con las “excrecencias históricas”, los añadidos sin más intención que la utilitaria que han podido deformar o mutilar por adición el monumento a lo largo de su historia).

En segundo lugar, sería necesario no limitar el concepto de autenticidad sólo a los aspectos materiales, sino extenderlo también -y este punto es muy importante para el planteamiento de las acciones protectoras- a toda la esencia del monumento, en sus tres aspectos, el documental, el arquitectónico y el significativo.

Es necesario, por lo tanto, contemplar la autenticidad de la materia, más que desde su originalidad -que siempre será difícil de precisar-, desde su capacidad de comunicar y transmitir “con toda la riqueza de su autenticidad”, (o dicho de otro modo, de autenticar de -“acreditar de ciertos”-), este conjunto de valores y mensajes específicos del monumento. Los pilares del Patio de los Leones no son o dejan de ser auténticos por ser nazaries o de nuestro siglo. Son auténticos si son capaces de autenticar el espacio nazari auténtico.

Por último, una nueva consideración sobre el patrimonio arquitectónico, ineludible también para poder plantear las estrategias de protección: la necesidad de comprender y asumir su realidad. Son ciertamente muy pocos los elementos de ese patrimonio que por su monumentalidad, su estado de conservación y tutela, su proyección universal puedan presumir de ser codiciados y venerados por todos: los reyes, las infantas, los políticos, los poetas, el pueblo entero...y hasta por el dinero. No es pensando en esos privilegiados (y admirados, por supuesto) monumentos como deben establecerse las políticas de salvaguarda y protección patrimonial.

Porque lo más habitual es que nuestro patrimonio arquitectónico, el que tenemos cerca, el que el catalogador va a hallar sea, únicamente, lo que el viento no pudo llevarse: viejos caserones cuyos propietarios o usuarios, particulares o comunales, no tuvieron en su día recursos para substituir por otros nuevos. Desvencijadas o violadas iglesias, cuya ruina y expolio nadie supo detener, cuando no despojos, ruinas -más o menos pintorescas, antiguas o sugerentes-, restos de civilizaciones cercanas o lejanas expuestos a la destrucción y el expolio; derrelictos que la historia ha abandonado en nuestros paisajes rurales o en rincones urbanos después de arrastrarse a través de ella entre la admiración o el desinterés; centros históricos genuinos víctimas de su propia caducidad material y que muchas veces han adquirido un especial interés para la sociedad en sus fases ya terminales. O centros históricos falsificados para el consumo.

No debemos lamentarnos. Tan sólo ser conscientes. En esos monumentos menores; en esos penosos derrelictos; en esas viejas y sucias paredes, laten otros valores, no menos esenciales, en base a los que hemos de plantear nuestras estrategias.

Catalogar el patrimonio arquitectónico

Analizado el objeto, el patrimonio arquitectónico, podemos traducir esas reflexiones en observaciones prácticas para su protección y, dentro de ella -como instrumento operativo básico-, la catalogación. Antes, sin embargo, parece imprescindible hacer una breve disquisición sobre el propio concepto de catalogación, conveniente sin duda en el inicio de unas jornadas como éstas, pero más aún tratándose del patrimonio arquitectónico, ámbito en el que existe un cierto desbarajuste terminológico.

Catalogar, según la Academia, es el acto de formar catálogo de determinados elementos, es decir hacer relaciones ordenadas en las que se incluyen o describen de forma individual objetos relacionados entre sí. No especifica la definición qué tipo de relación es esa ni cuál es el objetivo de su ordenación.

Entre las gentes relacionadas con el patrimonio arquitectónico catalogar se identifica, sin embargo, con una faceta de la acción protectora de ese patrimonio prevista en la legislación, especialmente la urbanística. La catalogación tiene en este caso un fin: proteger los elementos ordenados, elementos que además de una relación de naturaleza tienen entre sí otra no menos importante, pertenecer a un mismo territorio. En el contexto de estas jornadas, parece evidente que éste es el concepto de catalogación al que nos estamos refiriendo. Y es desde el punto de vista de su eficacia en cuanto a la protección que debemos de juzgar el papel de las diversas maneras de catalogar o, mejor aún, de los diversos planteamientos de la catalogación.

Ya me referí antes al peligro de la particularización de los patrimonios. Lo mismo podemos decir, a mi juicio, de las catalogaciones entendidas como listas de bienes destacables por diversas circunstancias (tipológicas, cronológicas, estilísticas o funcionales), confeccionada según parámetros intrínsecos, propios de la naturaleza común de los bienes, pero sin atender -o sin tener suficientemente en cuenta- los factores valorativos extrínsecos, el contexto territorial y social en el que se encuentran esos bienes, los aspectos coyunturales, las estrategias urbanísticas en las que se han de injerir los catálogos.

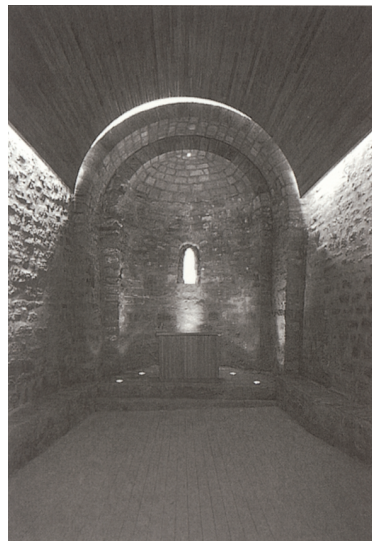
Es evidente que cualquier elemento incluíble en estos subconjuntos particulares, aparte su relación tipológica e histórica con sus similares, guarda relación directa con otros elementos patrimoniales dispares, con los que comparte circunstancias de tipo territorial, social, urbanístico, jurídico, etc. Por ello, si bien su valor documental puede ser definido desde una parcela singular de la ciencia o de la historia (nunca del todo aislada de las demás, por supuesto), su tratamiento (su posible reutilización, su papel de emergencia o de elemento dinamizador de la trama urbana, etc.) no puede ser contemplado únicamente desde su pertenencia a aquel subconjunto, sino en atención a su entorno concreto y con la misma metodología y criterios que son aplicables a cualquier otro elemento del patrimonio monumental. No se trata, una vez más, de una precisión gratuita, sino derivada de las notables diferencias de

orden metodológico que existen en la formación de estos documentos monotemáticos y los catálogos territoriales.

Las catalogaciones territoriales han de ser documentos comprometidos con una realidad social e histórica concreta que han de contemplar la totalidad del patrimonio arquitectónico de ese territorio, entendido el patrimonio como antes expuse:

- sin extender el concepto indiscriminadamente (sabiendo discernir entre elementos patrimoniales y arquitecturas de segunda mano, dejando para otros instrumentos de gestión la valoración de los bienes de esa naturaleza);
- sin cercenar tampoco sus límites (no abandonando al ámbito de otros patrimonios los elementos que deben ser analizados desde su naturaleza arquitectónica y urbana, sin sacar de su contexto los bienes que han nacido y se conservan en un entorno territorial determinado);
- considerando de forma equilibrada los tres aspectos de la esencia del monumento (tanto el documental, como el genuinamente arquitectónico, y con especial hincapié a los aspectos significativos, incluso -a pesar de las cautelas necesarias- los instrumentales o coyunturales);
- sin prejuicios respecto a la autenticidad del bien (sin confusiones respecto a la sinonimia entre originalidad y autenticidad, sin erigir al catálogo en censor de la historia); - de forma exhaustiva, incluyendo todo el patrimonio mueble que puede contener el objeto, para evitar en lo posible el expolio o la restauración inculca.

Siendo conscientes de la realidad del patrimonio que nos ha llegado (con conciencia de que no se trata de juzgar ese patrimonio con respecto a valoraciones universales, sino en referencia a la realidad concreta en el que se inserta). Una pequeña y adulterada iglesia románica, casi sin sitio en las listas macroterritoriales, puede ser un patrimonio esencial en su entorno, capaz de asumir un papel primordial en la regeneración del tejido social y territorial en el que se halla.



3 y 4 Interior de la iglesia románica de Sant Jaume Sesoliveres de Igualada (Barcelona), antes y después de la restauración (Antoni González, arquitecto. 1995)

Por último, el catálogo territorial no puede contemplar el patrimonio sólo en función de lo que hoy es. De igual manera que el catalogador ha de analizar, sin verlo, lo que ese patrimonio fue, ha de juzgar lo que puede llegar a ser. El catalogador del patrimonio arquitectónico -hablo en singular y en masculino, pero naturalmente me refiero a equipos y, por supuesto, a hombres y mujeres- no puede ser sólo notario del patrimonio heredado. El acto de catalogar, de juzgar, en definitiva, ha de comportar un acto de imaginación, una apuesta por el futuro. Un catalogador ha de saber que un monumento (en sus tres facetas esenciales, documental, arquitectónica y significativa), como consecuencia de ese concepto de autenticidad tan propio -incluso si se quiere, exclusivo- del patrimonio arquitectónico, puede llegar a ser mucho más de lo que hoy es.

A través del acto restauratorio (que el catalogador ha de prever como final lógico de un proceso de protección que se inicia con la catalogación), el monumento puede acrecentar su capacidad informativa y testimonial, puede recuperar sus valores arquitectónicos quizás perdidos (su uso, su belleza espacial) y puede volver a asumir un real y eficaz papel significativo que quizá

sólo era potencial. El mal estado de conservación material no puede ser un parámetro disuasorio de catalogación. Es más. El catalogador ha de tener presente, incluso, la posibilidad de que el viento devuelva a la colectividad lo que un día se llevó. Si la autenticidad de un monumento pertenece tanto a su significación como a su materia, ¿deja de existir un monumento por haber perdido su materialidad? ¿Quién puede afirmar, por ejemplo, que el Coloso de Rodas, los jardines colgantes de Babilonia, el templo de Jerusalén no “existen”? Se habrán perdido sus trazas, incluso sus rastros, pero su presencia significativa permanece. Son aún, en este sentido, algunos de los monumentos más importantes del patrimonio mundial, infinitamente más conocidos que la inmensa mayoría de los que figuran en las listas de la UNESCO.

Durante sesenta años, el monumento moderno más importante de la ciudad de Barcelona fue un edificio que perdió su materialidad: el pabellón que Mies van der Rohe diseñara para la Exposición Universal de 1929, reconocido en todo el mundo como uno de los edificios más significativos del inicio de la arquitectura moderna, y que tal como estaba previsto, fue desmon-



*5 Despojos del palacio Vedruna de Barcelona
reutilizados como taparrabos del nuevo hotel Claris*

tado en 1930, una vez acabado el certamen. En 1981, el primer ayuntamiento que tuvo la ciudad después de recuperar la democracia decidió su reconstrucción, siendo inaugurado de nuevo el 2 de junio de 1986. Fue sin duda la pervivencia de su significado más allá de su materia la que consiguió que resucitara físicamente un edificio que nunca había dejado de “existir” para los barceloneses. Un edificio que estuvo siempre presente en el catálogo secreto de la conciencia colectiva.

Como lo está aún -aunque cada día más desdibujado, es cierto-, el magnífico puente construido a mediados del siglo XVIII en Molins de Rei, destruido salvajemente en 1971 mediante “dinamita controlada” por orden expresa de aquel nefando ministro de la dictadura, precursor fallido del fin de las ideologías. En el catálogo de la provincia de Barcelona que en 1979 tuve el honor de dirigir por encargo del Ministerio de Cultura, consta registrado con el número 1232 el siguiente elemento: “Restos del puente de Carlos III sobre el Llobregat (allá donde estuvieren)...”.

Este planteamiento de los catálogos territo-

riales tiene unas consecuencias instrumentales que no podemos olvidar. Una, el que deben ser confeccionados, más que desde la erudición monográfica, desde el conocimiento inmediato del territorio y desde la capacidad de análisis de todos los factores que definen el patrimonio. Ello supone, naturalmente, el protagonismo de equipos pluridisciplinarios en los que tengan presencia destacada los profesionales relacionados con el territorio objeto de análisis. También tiene consecuencias en cuanto a su ámbito o extensión.

Bien, amigos y amigas. Llegado a este punto os confieso que no sé como seguir. Anoche en el hotel intentaba acabar estos folios y no supe cómo hacerlo. Hace días que le doy vueltas a este final y no me sale. Llegué a pensar que sería fabuloso inventar las conferencias interactivas. Ahora podría ofrecer tres o cuatro finales y, por votación, podríamos decidir. Tengo pensado un final feliz, sensato, propio de los años noventa. Con él quedaría bien con todo el mundo. Lo tengo incluso escrito. Fijaos que bien suena: “...es preciso asumir la necesidad y legitimidad de hacer compatibles la evolución de la arquitectura y las ciudades con la pervivencia de



6 Edificios y ambientes desaparecidos de la plaza de los Angeles del arrabal de Barcelona.

los valores arquitectónicos, históricos y urbanos significados en el patrimonio. Pero también hay que definir y acotar éste con sentido común. Y asumir la necesidad de integrar la mayor parte de este patrimonio en la dinámica social y urbana, y de procurar mantener su vigencia en la actividad económica mediante, si fuera el caso, reutilizaciones eficaces que generen recursos propios, lo que permitiría destinar los recursos públicos a la conservación de los elementos de mayor interés y obsolescencia irreversible”.

Los urbanistas estarían contentos (“hay que compatibilizar... ¿acaso no es eso lo que hacemos nosotros? Si un edificio histórico impide el desarrollo, compatibilizamos el segundo derribando el primero”). Los políticos estarían contentos (“Ya era hora que *los del patrimonio* dijeran cosas sensatas: hay que acotar el patrimonio con sentido común... y ya se sabe que nosotros, por elección de los ciudadanos, somos los depositarios del sentido común”).

Y tengo otro final alternativo, aunque no esté escrito. Lo llevo grabado en el alma. Anoche en el hotel recordaba cómo en los años setenta quienes defendíamos el patrimonio des-

de las trincheras -no de otra forma puede explicarse aquella época- teníamos enfrente al poder político corrupto y al poder económico, más tonto pero no menos atroz que hoy. A nuestro lado, buena parte de la prensa y a la “inteligencia” (los profesionales comprometidos con la cultura y la ética). Hoy, veinte años después, la prensa está corrompida por el poder económico y la “inteligencia” (que hace esas cosas) está atrapada por el poder político.

No son afirmaciones gratuitas. Estamos en el peor momento para el patrimonio de los últimos tiempos. Y lamento tener que decirlo aquí, en la sede de una institución por tantos motivos ejemplar. Pero hoy se hacen las cosas así: ése es el nuevo museo de arte contemporáneo de Barcelona que, con un proyecto pensado para otro lugar (tan lejano como diferente), se levanta en el centro histórico de Barcelona. Y ése es el edificio de los “Infants Orfes” en la que fue plaza “dels Angels”, algunos de los muchos edificios y ambientes históricos que han sido bárbara e incultamente destruidos en mi ciudad en los últimos años. Por ello, quizá, el único final posible de esta conferencia es pedirlos: ¡Catalogadores del mundo, uníos!